

Alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran

¿Cómo hacer para que nuestras relaciones no queden encerradas sólo con los que piensan como nosotros? La clave está en vivir un amor abierto a todos, sin límites ya que el amor no puede reducirse solamente a algunos. Un primer paso para vivir este amor sin fronteras sería compartir las alegrías de los otros. Seguro que hemos experimentado que la envidia hace mucho más difícil compartir las alegrías de los demás que sus penas.

Vivir así podría parecer una montaña demasiado alta para escalar, una cima imposible de alcanzar. Sin embargo, esto es posible.

Al respecto, Chiara Lubich comentaba: *“Para amar es necesario ‘hacerse uno’ (identificarse) con cada hermano. Entrar lo más profundamente posible en el ánimo del otro; comprender realmente sus problemas, sus necesidades; compartir sus sufrimientos y alegrías; inclinarse ante el hermano; hacerse en cierto modo él, hacerse el otro (...); de este modo el prójimo se siente comprendido y aliviado”*.

Es una invitación para estar en la “piel del otro”, como expresión concreta de una verdadera caridad. Quizá el amor de una madre sea el mejor ejemplo para ilustrar la práctica de esta IDEA: la madre sabe compartir la alegría con el hijo y el llanto con el que sufre, sin juicios ni prejuicios.

Para vivir el amor en esta dimensión, sin quedar encerrados en las propias preocupaciones e intereses, en el propio mundo, hay un secreto: profundizar la vida interior que es la fuente misma del Amor. Se dice que la copa de un árbol suele estar en proporción al diámetro de sus raíces. Así sucederá también con nosotros: si hacemos crecer en profundidad, día tras día nuestra interioridad, crecerá también el deseo de compartir la alegría y de llevar los pesos de quienes están a nuestro lado. Nuestro corazón se abrirá y será cada vez más capaz de contener todo lo que nuestros hermanos viven en el momento presente. Al mismo tiempo, el amor al hermano nos hará entrar aún más en la intimidad con nuestro yo profundo.

Viviendo así veremos un cambio en los lugares donde estamos, comenzando por las relaciones familiares, en la escuela, en el trabajo, comunidades... y experimentaremos que el amor sincero y gratuito, tarde o temprano, vuelve y se torna recíproco.

Es la fuerte experiencia de dos familias en Italia: una cristiana y otra musulmana que compartieron dificultades y momentos de esperanza. Cuando Ben se enfermó gravemente, Tatiana y Paolo acompañaron siempre en el hospital a su mujer Basma y a sus dos hijos hasta el final. A pesar del dolor por la pérdida de su marido, Basma reza con sus amigos cristianos por otra persona gravemente enferma. Lo hizo en su alfombra dirigiéndose hacia la Meca, y dijo: *“La alegría más grande es sentirse parte de un solo cuerpo donde cada uno desea el bien del otro”*.